

que debo casarme con este señor porque es de muy buena familia, cosa muy posible á juzgar por la comitiva y por los vestidos de los criados; pero tiene un nombre tan horroroso, que solamente por eso no seré nunca su mujer. No puedo pronunciar todas las herejías de que se compone su dichoso nombre: se llama también, según creo, Corduanspitz, que es un apellido colateral. Cuando me escribas dime si los Corduanspitz son en efecto grandes señores, porque eso debe saberse en la ciudad.

» No sé cómo papá piensa, al cabo de sus años, en volver á casarse: el baroncito Corduanspitz se ha encargado de proporcionarle por esposa una mujer que vive en el aire. ¡Ay, Dios nos libre! Nuestra criada alza los hombros y dice que jamás ha hecho mucho caso de las señoras de altos puestos, que vuelan por el aire y nadan por el agua, y que está decidida á dejar nuestra casa, y que desea por interés mío que mi futura madrastra se rompa la cabeza en la primera ascensión que haga á San Walpurgis. ¡ Buenas cosas piensa por cierto! Pero en ti es donde descansa mi esperanza. Ya lo ves; papá me lo ha dicho: eres hombre que has ó tienes de ser... que tienes que salvarme de un gran peligro. El peligro ha llegado ya: ven, corre, salva á tu comprometida desgraciada, pero que suceda lo que suceda te será fiel hasta la muerte.

ANA DE ZABELTHAU.

» P. D. ¿ No podrías desafiar á ese amarilloso Corduanspitz? Tú eres de cierto el más fuerte, porque él no puede tenerse en pie.

» P. D. Vuelvo á suplicártelo: arregla tu maleta y vente volando para salvar á tu desgraciada y fidelísima novia.

ANA DE ZABELTHAU. »

CAPÍTULO IV

En que primero se describe la corte de un poderoso monarca y después se cuenta un singular y sangriento combate, y otros sucesos no menos curiosos.

Anita estaba casi parálitica por la fuerza del dolor que experimentaba. Sentada en la ventana y con los brazos cruzados, miraba hacia el patio, sin reparar en que el ganado menudo con sus berridos, píos y cacareos, llamaban al ama de la casa, porque se acercaba la noche y querían recogerse á dormir, según era costumbre.

Anita vió con la más triste indiferencia que la criada le usurpaba sus funciones, y esta indiferencia no se alteró aun cuando vió dar un vigoroso golpe al gallo por no querer marchar en orden y por sublevarse contra el representante de su joven ama. Presa enteramente del dolor que desgarraba su seno, había perdido la simpatía que le hacía compadecer los dolores de su gallo, de aquel gallo que ella había criado, cuya educación le había proporcionado tan deliciosas horas, y á quien educó sin leer á Chersterfield ó Knigge, sin consultar á Mad. Genlis ni á tantas señoras célebres por su conocimiento del corazón humano, que tienen en la punta de la uña todo lo que concierne á la dirección de las almas jóvenes por la senda de la virtud. Anita, sin embargo, no era insensible.

Corduanspitz no se] había dejado ver en todo el día;

se había quedado en la torre astronómica con el Sr. Dapsul de Zabelthau, y sin duda los dos combinaban juntos algunas operaciones de la mayor importancia. De repente y á los últimos rayos del sol, vió Ana al baroncito que atravesaba el patio, y le pareció todavía más feo: su vestido amarillo, su figura de bufón, su paso compuesto de brinquitos, su destreza en caerse y dar vueltas, en fin, todos aquellos gestos ridículos que no hubiera podido ver otra persona cualquiera sin soltar la carcajada, no hicieron más que exacerbar é irritar el dolor de la señorita Ana. Se había puesto las manos en los ojos para no ver á aquel monstruo, cuando sintió que le tiraban del vestido: « ¡Quita Feldmanns! » exclamó creyendo que estaba hablando con su faldero; mas al quitarse las manos de la cara se encontró con que tenía delante al barón Porfirio de Ockerodastes, quien saltando á sus faldas con una habilidad nunca vista, se le agarró al cuello con ambos brazos. Anita horrorizada, espantada, lanzó un grito y se levantó bruscamente.

Corduanspitz se le quedó colgado al cuello, pero se hizo de repente tan pesado que pesaba lo menos dos mil libras, y Anita no pudiendo con tanto peso se cayó sobre una silla: entonces se bajó de sus faldas, puso la rodilla derecha en tierra con tanta gracia y facilidad como lo haría una persona que jamás hubiese conocido lo que es el equilibrio, y dijo con una voz clara y un tono muy raro, pero que nada tenía de desagradable.

— « ¡Oh hermosa señorita! ¡oh Ana de Zabelthau! mujer adorable, novia sublime, no os enfadéis, os lo ruego, os lo suplico; no os enfadéis, no os enfadéis. Creéis, sí, yo lo sé: creéis que mis criados han destruido vuestro huerto para edificarme en él un palacio. ¡Oh poder eternal! Si os fuera posible, al través de este cuerpo flaco y miserable, leer en este corazón generoso y apasionado, veriais bajo mi vestido de raso amarillo,

todas las virtudes cardinales reunidas en el seno de vuestro amante. ¡Quién, yo, había yo de haber cometido el infame atentado de que me acusáis? ¡Ah! no me conocéis bien todavía. ¿Cómo habéis podido figuraros que un príncipe naturalmente bueno había de destruir á sus propios súb... Mas ¿para qué tantas palabras? ¿Á qué tantas frases? Venid, amada mia; venid á ver con vuestros propios ojos el brillante espectáculo que se os ha preparado. Venid inmediatamente conmigo, os llevaré al palacio en que todo un pueblo os espera con gozosa impaciencia, deseoso de ver á la amante adorada de su rey. »

Cualquiera puede figurarse el espanto que produciría en Anita lo que le proponía Corduanspitz: por supuesto que se negó á dar ni un paso siquiera para seguir al infame baroncito. Corduanspitz no se alteró por eso; celebró la hermosura prodigiosa y las infinitas riquezas del huerto, que no era otra cosa que su palacio, con tanta instancia y persuasión, que Anita resolvió por fin ir al menos á echar una ojeada por la tienda: seguramente, este paso no podía comprometerla.

El baroncito, loco de alegría, dió lo menos doce vueltas de campana seguidas y después tomó con mucha política la mano de la señorita Ana y la llevó á su palacio atravesando por el jardín.

Las cortinas que cubrían la puerta principal, descubriéndose por sí mismas, dejaron ver á la señorita Ana un hermosísimo huerto, tan ricamente abastecido que no se acordaba de haber visto jamás otro semejante, ni aun en sus sueños de coles y nabos. « ¡Ah, Dios mío! » exclamó deteniéndose en la puerta como si hubiera echado raíces. Todo era flores, verdura; en todas partes coles, rábanos, ensaladas, guisantes y judías de todas clases, y todo con un lujo y una magnificencia imposible de describir.

Resonaba en los aires la música de címbalos, pífanos y tambores, y los cuatro lindos cortesanos á quienes ya conocía Anita, á saber; el señor de Schwartzrettig, Mr. de Rocambole, el signor di Broccoli y el pan Kapustowicz se acercaron al barón haciéndole mil cortesías ceremoniosas.

— « Son mis chambelanes, » dijo Porfirio de Ockerodastes sonriéndose; y precedido por los dichos chambelanes condujo á la señorita Ana, por medio de las dos filas que formaba á su paso la guardia roja de las zanahorias inglesas, al magnífico trono que se alzaba en medio del campo. En las gradas de este trono estaban reunidos los grandes del imperio, los príncipes Ensaladas y las princesas Habas, los duques Pepinos con los príncipes Melones á la cabeza, los ministros Repollos y las damas Coliflores, todos ataviados con brillantes vestidos según su rango y cualidad. Por en medio de tan noble reunión corrían y daban vueltas cien lindos pajecillos Espliegos é Hinojos, que por todas partes esparcían sus deliciosos perfumes.

Así que Ockerodastes subió á su trono con la señorita Ana, el gran mariscal de la corte Turneps meneó su bastón; calló la música y quedó toda la asamblea en el más respetuoso silencio. Entonces Ockerodastes, levantando la voz, dijo con solemne acento:

« Fieles y queridos súbditos míos: Á mi lado tenéis á la noble señorita Ana de Zabelthau, á quien he escogido por esposa. Rica en hermosura tanto como en virtudes, siempre y en todos tiempos ha vuelto hacia vosotros sus tiernas y maternales miradas; ella os ha preparado en su jardín blandos y gruesos lechos; ella ha cuidado de vosotros y os ha cultivado. Probad, pues, con aclamaciones respetuosas y unánimes aplausos que al recibir de mis manos una reina semejante, conocéis todo el valor de mis beneficios. »

El gran mariscal Turneps hizo otra señal, y un grito de alegría repetido mil y mil veces resonó en los espacios, y los Tubérculos respondieron con una salva de artillería, y la música de la guardia de las zanahorias cantó el himno tan conocido: *¡Perejil, perejil y ensalada!* etc.

Fué un espectáculo sublime: los altos empleados del imperio y especialmente las damas Coliflores derramaron abundantes lágrimas.

La señorita Ana estaba ya á punto de perder todo miramiento; cuando observó de repente, que el baroncito tenía en la cabeza una brillante corona de diamantes, y en la mano un cetro de oro.

— ¡Oh, Dios mío! exclamó; ¿conque sois un señor todavía más elevado de lo que parecéis, mi querido Sr. Corduanspitz?

— ¡Ana encantadora! le respondió en voz baja Ockerodastes; la voluntad de los astros me obligó á presentarme á vuestro padre con un nombre supuesto. Sabed, querida hija mía, que soy uno de los monarcas más poderosos de la tierra, y que no se pueden hallar los límites de mi reino, no habiéndose acordado los geógrafos de señalarlos con colores en el mapa. El rey de las legumbres Dauco Zanahoria, primero de este nombre, es quien os ofrece, oh encantadora Anita, su mano y su reino. Todos los príncipes de las legumbres y hortalizas son vasallos míos, y el rey de las habas es el único que reina un día al año, según costumbre inmemorial.

— « Según eso, exclamó gozosamente la señorita Ana; según eso, ¿seré reina y dueña de esta huerta magnífica? »

— « Sin duda alguna, respondió el rey Dauco Zanahoria I, y lo que es mas aún, todas las hortalizas del mundo quedarán sometidas á vuestro dominio. »

La señorita Ana no había esperado tener tan alta

honra, y desde que el enano Corduanspitz se había convertido en Dauco Zanahoria I no le parecía tan feo como antes; hasta se le figuraba que sostenía con mucha gracia la corona, el cetro y el manto real. Añadiendo á todas estas ventajas la galantería de aquel hombre y el vastísimo reino en que iba á mandar, se vió en la precisión de convenir en que jamás podría presentarse á ninguna hija de nobles campesinos un tan rico partido como á Ana de Zabelthau: el de ser esposa de un rey.

La señorita Ana, cuya alegría era extremada, preguntó á su real novio si sería conveniente que se estableciera desde luego en tan hermoso palacio de seda, ó si sería preciso esperar al día siguiente para las ceremonias del matrimonio. El rey Dauco respondió, que á pesar del ardiente amor que profesaba á su hermosa novia, ciertas constelaciones le obligaban á diferir su felicidad. Añadió que el Sr. Dapsul de Zabelthau no debía saber por lo pronto las reales cualidades de su yerno, pues de otro modo quedarían del todo impotentes las operaciones que había de producir su feliz matrimonio con la sílfide Nehahilah. Además, había prometido á Dapsul de Zabelthau que los dos matrimonios se celebrarían en un mismo día. Anita se comprometió, por medio de un solemne juramento, á no decir ni una palabra á su padre de cuanto había sabido y visto, hecho lo cual, salió del palacio de seda entre las ruidosas aclamaciones del pueblo, loco de entusiasmo por su hermosura y por sus afables modales.

Aquella noche volvió á ver Anita entre sueños el reino del precioso rey Dauco Zanahoria I, y nadó en un mar de delicias.

La carta que había escrito al Sr. Amando de Nebelstern había producido en el pobre joven una terrible impresión: algunos días después recibió la señorita Ana la respuesta siguiente:

« ¡ ídolo de mi corazón, divina Ana !

» Cada palabra de tu carta ha sido un puñal acerado, ardiente, envenenado, para destrozarme el corazón. ¡ Oh Ana ! ¡ quieren robarte de mis brazos ! ¡ Qué idea tan horrorosa ! No sé cómo no me volví loco al momento : cómo no he presentado al mundo algún trágico espectáculo. Furioso al ver mi desgracia, huí de los hombres y en vez de jugar mi partida de billar, después de comer, como siempre hacía, corrí inmediatamente al bosque y allí me torcí las manos y á gritos pronuncié mil veces tu nombre.

» Entonces cayó un fuertísimo aguacero, y yo tenía puesto un gorro nuevo de terciopelo encarnado con un hermoso borlón de oro. Dicen por ahí que ningún gorro me ha sentado mejor que éste : la lluvia podía echar á perder tal obra maestra hija del buen gusto ; pero ¿ qué valen para un amor desesperado los gorros, el terciopelo, ni el oro ? Después de haber recorrido todo el bosque, me ví empapado hasta los huesos, transido de frío, y lo que es peor aún, atacado de un violentísimo cólico. Vine, pues, precipitado á refugiarme en una taberna inmediata, y allí tomé un vaso de vino caliente y fumé además una pipa de tu soberbio tabaco de Virginia.

» Inmediatamente sentí que bajaba á mi cabeza la inspiración divina ; saqué mi cartera y tracé de improviso en el papel una docena de composiciones sublimes. ¡ Oh milagroso don de la poesía ! Todos mis males se calmaron : la desesperación amorosa y el cólico. No te copiaré más que la última de estas composiciones, ¡ oh perla de la virginidad ! y ojalá que te inunde como á mí de gozosa esperanza !

La antorcha del amor en este seno
Acaba de expirar ;
Y no puedo, de horror y sombras lleno,
Reír ni loquear.

Mas, ¡ cómo ! yo deliro :
Espontánea la rima veo venir,
Y los versos ya miro
Bajo mi pluma rápidos salir.

Ya vuelve me alegría
La antorcha del amor vuelve á alumbrar.
¡ Adiós, tristeza mía !
Aun puedo yo reír, y loquear.

» Si, dulcísima Ana mía, volaré hacia ti como caballero protector, y te salvaré del malvado que quiere robarme tu mano ; mas para sostener hasta entonces tu esperanza, te pongo á continuación algunas sentencias divinas y consoladoras, sacadas de los tesoros de mi sublime maestro : puedes empaparte en ellas :

— » El corazón se ensancha, el espíritu siente crecer sus alas : ¡ oh corazón mío, oh alma mía ! ¡ hazte una picarilla !

— » El amor puede aborrecer al amor y el tiempo al tiempo.

— » El amor es un perfume de flores, una vida sin sueño : ¡ oh joven ! lava la piel y no la mojes.

— » ¡ Dices que en invierno sopla un viento glacial ? Pues bien abriga las capas, y especialmente las que se usan ahora.

» ¡ Oh máximas divinas, sublimes y grandiosas ! ¡ qué estilo tan sencillo, tan enérgico y tan sustancial ! Te lo repito, dulce amiga mía, consuélate con ellas, y llévame

dentro de tu corazón, como antes. Ya irá y te salvará y te estrechará en su corazón lleno de amor y de deseos,

» Tu fiel

» AMANDO DE NEBELSTERN. »

« P. D. De ningún modo puedo provocar á singular combate al señor de Corduanspitz, porque... ¡ oh Ana ! si mi contrario insolente hiciera correr una sola gota de la sangre de tu querido Amando, ¡ no sabes lo que correría ? la sangre de poeta, el licor de los dioses ; sería una pérdida irreparable. El mundo tiene derecho á exigir que un genio de mi temple evite cuantas ocasiones pueda y se conserve para él.

» La espada del poeta es la palabra, es el canto. Atacaré á mi rival con himnos guerreros á lo Tirteo, le daré mil puñaladas epigramáticas y lo haré pedazos con el cortante filo de mis diltirambos. Tales son las verdaderas armas del poeta : tales son las que aseguran su eterna victoria, y así es como quiero aparecer en tu casa, armado de pies á cabeza, y conquistar tu mano, ¡ oh Ana !

» Adiós, vuelvo á abrazarte. Espéralo todo de mi cariño, pero especialmente de mi valor : no hay peligro que no esté pronto á arrostrar por librarte del monstruo infernal que según todas las apariencias de tiene enlazada en sus redes. »

Cuando la señorita Ana recibió esta carta, estaba jugando *al gato* con su real novio, Dauco Zanahoria I, en la pradera que había detrás de la huerta ; y armaba mucha fiesta cuando en la carrera se agachaba de repente y el reyezuelo no la tocaba. Aquella fué la primera vez que se metió en el bolsillo la carta de Amando sin leerla, y pronto veremos que la leyó demasiado tarde.

El Sr. Dapsul de Zabelthau no alcanzaba á comprender cómo Anita había podido cambiar tan pronto de parecer y de sentimientos, ni de dónde procedía aquel amor tan

repentino al señor Porfirio de Ockerodastes, que al principio le había parecido tan feo. Consultó sobre tan arduo asunto con las estrellas, pero viendo que éstas no le daban respuesta alguna satisfactoria, tuvo que deducir por sí mismo esta consecuencia: que el corazón humano es el misterio más incomprensible del mundo, y que todas las constelaciones del cielo reunidas no conseguirían explicarlo. Que la sublime naturaleza del señor barón hubiese producido aquel efecto en el corazón de Anita, no era cosa fácil de creer, pues el barón no estaba dotado de belleza física.

Como ya lo han visto mis benévolos lectores, la teoría del Sr. Dapsul de Zabelthau acerca de la verdadera belleza, se diferenciaba mucho de la que sobre el mismo asunto se forman las jóvenes, y Dapsul tenía además bastante experiencia y conocimiento de las cosas del mundo para saber según la opinión de ellas, el talento, el genio y el sentimiento sólo pueden estar bien alojados en una casa hermosa: que todo hombre que no sabe llevar con cierta gracia un frac de moda, aun cuando sea un Shakespeare, un Goethe, un Tieck, ó un Federico Richter, corre gran riesgo de verse sustituido por un teniente de húsares galanteador, bien formado y vestido de gala, el cual se tomará el trabajo de *soplarle* la novia.

La señorita Ana era una excepción de la regla, y no buscaba ya en su amante ni gracia ni belleza: pero, ¿cómo había de sospechar Dapsul que la pobre aldeana esperaba convertirse de repente en reina? Ni aun las constelaciones decían una palabra acerca de ello.

Como es fácil de creer, el Sr. Porfirio de Ockerodastes, el Sr. Dapsul de Zabelthau y la señorita Ana, no tenían ya más que un solo corazón y un alma sola, y llegó ésto á tal extremo, que el padre bajaba de su torre con mucha más frecuencia que antes, para hablar y charlotear con

su apreciable yerno, acostumbrándose además á almorzar abajo diariamente.

El Sr. Porfirio de Ockerodastes salía á la misma hora de su palacio de seda, y pedía á la señorita Ana que le sirviese una rebanada de pan con manteca.

— ¡Ja! ¡ja! le decía muchas veces la joven al oído; ¡ja! ¡ja! si supiera papá que sois rey, mi querido Corduanspitz.

— Mantente firme, corazón mío, le respondía Dauco Zanahoria I; y no vayas á ser víctima de la voluptuosidad: tu día festivo se aproxima.

El maestro de escuela regaló un día á la señorita Ana unos cuantos manojos de los mejores reponches de su huerta: ella se alegró infinito, porque á su padre le gustaban mucho y el palacio levantado en la huerta le impedía cogerlos allí. Acordóse con este motivo de no haber visto entre tantas raíces y hortalizas ningún reponche grande ni chico en el palacio de seda.

La señorita Ana mondó los reponches del maestro de escuela, y se los sirvió á su padre en el desayuno. Ya el Sr. Dapsul de Zabelthau había despojado desapiadadamente de sus hojas, metido en el salero, y finalmente mascado y tragado muchos de aquellos riquísimos reponches, cuando entró Corduanspitz.

— « Oh mi querido Ockerodastes, ¿no coméis reponches? » le preguntó inmediatamente Dapsul.

Aun quedaba en el plato un reponche gordo y magnífico, y apenas lo vió Corduanspitz exclamó con acento amenazador y con los ojos como brasas:

— « ¡Cómo! ¡infame duque! ¿os atrevéis á presentarnos ante mi vista, y á introducirnos con insolencia en una casa que protejo con todo mi poder? ¿No os he desterrado para siempre, por querer lanzar del trono á vuestro legítimo soberano? ¡Lejos de mí, lejos de mí, vasallo traidor! »

El reponche que mientras duró este apóstrofo, habia sacado dos piernecitas por debajo de su gorda cabeza, saltó al suelo, se acercó á Corduanspliz y le respondió :

— « Cruel Danco Zanahoria I, en vano te esfuerzas por anonadar mi raza : mira, ¿ quién de los tuyos tuvo jamás una cabeza más gorda que la mía y la de mis parientes ? Ingenio, sabiduría, cortesía, penetración, he aquí nuestros títulos : y mientras que vosotros rodáis por las cecinas y caballerizas, debiendo un momento de favor solamente á vuestra tierra juventud y no teniendo más, como suele decirse, que la hemosura del diablo, nosotros somos admitidos en la alta sociedad, y se nos acoge con alegría, dondequiera que levantamos nuestra cabeza llena de verdores.

» Pero te desafío, Danco Zanahoria : eres un cobarde y un zamborotudo : veamos quién puede más de los dos. »

Y apenas pronunció el duque Reponche estas palabras, sacó un gran látigo y atacó sin más rodeos á Danco Zanahoria I, quien sacó su espada y se defendió valerosamente. Ambos campeones recorrieron toda la habitación haciendo un sinnúmero de curiosísimas cabriolas, hasta que al fin el duque Reponche, acorralado por Danco en la pared, se vió en la necesidad de dar un salto peligroso por la ventana : el rey, cuya extraordinaria ligereza conoce ya nuestros benevolos lectores, tomó el mismo camino y persiguió al duque por el campo.

Dapsul al pronto se habia sorprendido, y fué muy especiaador de un tan terrible combate; pero después de los dos saltos por la ventana, exclamó sollozando : « ¡ Oh pobre hija mía ! ¡ Ana desventurada ! ¡ Estamos perdidos !... Yo... ¡ ambos estamos perdidos ! »

Salió bruscamente de la habitación sin decir más, y subió lo más pronto que pudo á su torre astronómica. Por más vueltas que Anita le dió á su pensamiento, no

pudo comprender ni explicarse el dolor y desolación de su padre : la escena que acababa de pasar le habia gustado mucho, pues se alegraba de saber que su real novio era tan valiente como rico y poderoso : ¡ no hay joven que sea capaz de amar á un cobarde ! Viendo que no podia dudar del valor de Danco Zanahoria I, acusaba gravemente á Amando de Nebelstern por no haber querido medir con él sus fuerzas.

Si antes hubiera dudado acerca de si debía sacrificar el novio antiguo al nuevo novio, esta razón hubiera sido suficiente para decidirla entonces á brillar con notable resplandor ante sus ojos el merito del rey Danco. Púsose, pues, en su carpeta, y escribió al estudiante la siguiente carta :

« Querido Amando :

» Todo cambia y pasa en este mundo, según dice el maestro de escuela, y en verdad que tiene razón : tú mismo, querido Amando, estudiante prudente y sabio, no te atreverás á contradecir al maestro de escuela, ni te admirarás de que te diga que mi corazón acaba de experimentar un verdadero cambio. Todavía te amo mucho, te lo aseguro, y me hago cargo de que estarás muy guapo con tu gorro de terciopelo encarnado y con tu borla de seda ; mas por lo que hace á matrimonio... mira, querido Amando, eres sabio, compones versos lindísimos ; pero no eres rey, y... no te voyas á espartar, amado mío ; el señorío de Corduanspliz no es ya señor de Corduanspliz, sino un poderoso rey llamado Danco Zanahoria I, que reina en el vasto imperio de las legumbres y hortalizas, y que me ha escogido para esposa.

» Desde que mi rey ha dejado el incógnito, se ha

puesto mucho más guapo que antes, y veo que papá tenía razón cuando me decía que la cabeza es el principal adorno del hombre, y nunca puede ser demasiado gorda. Además de su hermosa cabeza, Dauco Zanahoria I (ya ves que he aprendido bien su nombre y que lo escribo con mucha soltura), Dauco, repito, mi real novio, tiene una amabilidad y galantería inexplicables. ¡Y qué valor! ¡qué intrepidez! ¡Delante de mí ha puesto en vergonzosa fuga al duque Reponche, hombre brutal y de malos modales, según parece: y ¡cómo saltó detrás de él por la ventana! ¡ah, si lo hubieras visto!... No creo que mi querido Dauco Zanahoria se espante mucho de tus armas; es un hombre de una cabeza tal, que los más sutiles y mordaces versos apenas podrían tirarle un bocado.

» Resígnate, pues, á tu destino como buen cristiano, mi querido Amando, y no te quejes porque prefiera ser reina á ser tu mujer. Consuélate con que siempre seré tu amiga afectísima, y si en adelante quisieres entrar en la Guardia de las Zanahorias, ó si prefiriendo como prefieres la carrera de las letras á la de las armas, quisieses formar parte de la academia de los Nabos gallegos, ó del ministerio de las Calabazas, no tienes más que decir una palabra y cuenta con ello.

» Adiós; no guardes el más pequeño rencor á tu antigua novia.

» ANA DE ZABELTHAU. »

» (Que dentro de poco no será ya Zabelthau, sino Ana á secas.)

» P. D. Siempre estarás abundantemente provisto de tabaco de Virginia: te lo prometo. Como puede muy bien suceder que no se permita fumar en mi corte, haré por que se siembren, no lejos de mi trono y bajo mi especial vigilancia, algunos cuadros de tabaco de Virgi-

nia. Es medida que reclaman la cultura y la moral, y haré que mi amado Dauco publique una ley especial sobre este punto. »

CAPÍTULO V

En que se cuenta una espantosa catástrofe

La señorita Ana acababa de enviar su carta á Amando de Nebelstern, cuando entró el señor Dapsul de Zabelthau en su cuarto, y le dijo con el tono más lastimero y el dolor más profundo:

» ¡Ay, Ana mía! ¡qué indignamente nos han engañado! El infame que te ha cogido en sus redes y que me hizo creer que era el barón Porfirio de Ockerodastes, retoño ilustre de la raza que nació de la unión del sublime gnomo Tsilmenech con la noble y religiosa señora de Córdoba, ese infame... sábelo y muérete de vergüenza; ese infame no es más que un gnomo, y un gnomo de la raza abyecta que prepara las hortalizas. El gnomo Tsilmenech pertenecía á la raza más noble, ó lo que es lo mismo, á la que tiene á su cuidado los diamantes: tras ésta viene la raza de los que preparan los metales en el imperio del rey de las minas, y después la de los que cuidan de las flores, raza menos distinguida, porque depende de las silfides. Pero los más viles y malvados son los gnomos de las legumbres y hortalizas, y no sólo